

manera el culto es individual: nadie puede adorar por mí. El deber es individual: cada uno tiene su propia vida y su misión que cumplir. La muerte es individual, lo mismo que el juicio que la sigue, y la inmortalidad será también individual. Cada cual dará cuenta únicamente de sí mismo, y cada cual tomará de nuevo su individualidad, ó, mejor dicho, continuará amando, continuará santificándose como lo hizo en esta vida. Todo es, pues, individual en la religión, desde el punto de vista del protestantismo (1).

Esto es decisivo para la libertad, porque la libertad no es otra cosa sino el derecho que tiene todo individuo de desenvolverse como á bien lo tenga, bajo su propia responsabilidad. Así fué como formuló sus principios la Revolución del 89, y los principios del 89 son el Evangelio de la libertad moderna. Hé ahí por qué los maldicen los partidarios del pasado. Pero lo que los católicos maldicen, lo que los protestantes ortodoxos condenan, los libres pensadores lo celebran como una emanación del cristianismo. Y, en efecto, la declaración de los derechos es la proclamación del derecho individual. Reconocido este derecho por la religión, debe serlo también por el Estado, y en eso consiste la entera libertad. En este sentido puede decirse que la libertad es cristiana, protestante, y no sin razón toma el movimiento protestante el nombre de liberalismo cristiano. ¡Felices los pueblos si llegaran á tener esta fe! Entonces el sentimiento de la libertad se confundiría con la religión, entraría en las costumbres, se identificaría con la vida, y nadie pensaría ya en despojar á los hombres de sus derechos de hombre, como ya no se piensa en quitarle la existencia.

IV.

Hay en las sociedades modernas otro principio tan esencial como el de la libertad del individuo, y es la creencia en un progreso incesante, infinito. ¿Satisface al protestantismo liberal esa necesidad? Es ella tan profunda, tan irresistible, que hasta los mismos partidarios del pasado la proclaman. Pero en la confesión que la fuerza de las cosas arranca á los ortodoxos hay siempre una reserva, tácita ó explícita: admiten de buen grado el progre-

(1) COQUEREL, *l'Orthodoxie ancienne*, p. 75-77.

so en todas las cosas, con tal que se le excluya de la religión. La inmutabilidad es la esencia de la ortodoxia, porque la ortodoxia tiene la pretensión de poseer la verdad revelada, verdad que los hombres recibieron de Dios y que deben guardar hasta el fin de los siglos. Tal era también la creencia de los reformadores; no querían por ningún título pasar por innovadores, por revolucionarios. ¡Y, sin embargo, lo eran! La revolución que ellos inauguraron se prosigue, y hoy enarbola la bandera del progreso.

Benjamin Constant, que perteneció á la religión reformada, de la cual no renegó nunca, escribió algunas páginas sobre el desarrollo progresivo de las ideas religiosas. Vamos, pues, á escuchar á un discípulo de Calvino. Constant empieza por comprobar que existe una ley de progreso que se ejerce en todos sentidos y sobre todos los objetos. ¿Sólo la religión estaría exenta de esa ley? Si ninguna de las instituciones contemporáneas de la infancia del estado social puede convenir á un estado ménos grosero, ¿sólo la religión estaría condenada á permanecer estacionaria en medio del movimiento universal y del mejoramiento general? Indudablemente no. Decir que la misma religión puede convenir á una horda salvaje y á un pueblo civilizado, es decir un absurdo cuya enormidad chocaría á todos los espíritus, si no se hubiera rodeado á la religión de un prestigio que hace que se la mire como cosa sagrada. En realidad, el carácter estacionario en las creencias, la inmovilidad en los dogmas, cosas contrarias á la naturaleza, que se recomiendan en nombre de la religión, son todo cuanto hay de más opuesto al sentimiento religioso. Este sentimiento es esencialmente progresivo, es la necesidad de conocer las relaciones que existen entre el alma y Dios (1). Para satisfacerse, ese sentimiento ensaya formas religiosas que él se crea ó que le presentan ya creadas; pero desde el momento en que esas formas dejan de satisfacerle, las modifica, separando de ellas lo que le hiere, ó adopta alguna forma nueva que le satisfaga mejor. Prohibirle esa aspiración hácia el porvenir, á la cual le excita la insuficiencia del presente, es herirle de muerte.

¿Qué sucede allí donde el sentimiento religioso

(1) BENJAMIN CONSTANT, *Mélanges de littérature et de politique*, t. I, núm. VI.

está encadenado? Las prácticas supersticiosas ocupan el puesto de la religión, porque la superstición no es sino el sacrificio completo de la inteligencia, la cual se adhiere ciegamente á todo cuanto se le impone, mientras que la religión es el resultado de las necesidades del alma y los esfuerzos de esa misma inteligencia. Ved si no lo que pasa en Italia; no teniendo allí los progresos de la inteligencia más cauce obstruido que el de la religión, el pueblo ofrece el extraño fenómeno de ser supersticioso é incrédulo al mismo tiempo. Allí no hay sitio para el sentimiento religioso. La religión no existe realmente, ni ejerce su saludable influencia, sino cuando está de acuerdo con todas nuestras facultades y marcha en la misma línea de todos nuestros conocimientos.

Cuando no se da satisfacción al sentimiento religioso, la incredulidad concluye por triunfar de la superstición. Y entonces de todos los descubrimientos forja un arma contra la religión que los desconoce ó los niega, é invoca contra ella la mayor suavidad de las costumbres y el mejoramiento de la moral. Es, pues, un grave error suponer que la religión está interesada en permanecer inmutable; por el contrario, lo está, y mucho, en que la perfectibilidad, que es una ley de la naturaleza humana, pueda también aplicársele. Cuando las creencias religiosas se quedan atrás en la marcha general del espíritu humano, se ven sitiadas, si se nos permite la frase, por enemigos que deberían ser sus aliados, enemigos que renuevan con obstinación sus ataques, los cuales concluyen fatalmente por una victoria tanto más completa cuanto con más tenacidad ha sido disputada.

Benjamin Constant confiesa que el protestantismo, después de haber reclamado la legitimidad del libre examen, se desvió desde su mismo origen de ese principio. Mientras que la Iglesia católica decía á sus fieles: "Creed y no examineis," el protestantismo dijo durante mucho tiempo á los suyos: "Examinad, pero creed como si no hubierais examinado." Esto no obstante, el principio concluye por triunfar de la inconsecuencia de los hombres, porque él es el sentimiento de la libertad individual que animó á los reformadores contra una Iglesia que le oprimía. Nacido libre, el protestantismo no podía seguir encadenado. El cristianismo protestante, vuelto á su antigua pureza y á su perfectibilidad, se presenta hoy como una doctrina

contemporánea de todos los siglos, porque marcha con todos ellos; abierta á todas las luces, porque las acoge y las adopta todas; enriqueciéndose con todos los descubrimientos, porque no lucha contra ninguno, ni hay ninguno que le haga sombra; colocándose en cada época al nivel de su adelanto, y, por último, desprendiéndose, por eso mismo, de todas las nociones que el incesante progreso del espíritu humano va dejando atrás.

V.

Si la religión tradicional gobernara las almas, como lo pretende, las sociedades que obedecen á una Iglesia inmóvil deberían concluir por inmovilizarse, mientras que aquellas que reconocen el progreso religioso serían progresivas por esencia y aventajarían en mucho á las primeras. Los hechos no responden completamente á esta suposición. Por una parte, el catolicismo ha perdido el imperio de las almas: los católicos profesan su religión de dientes afuera; pero en el fondo son indiferentes ó incrédulos, porque el espíritu del tiempo es más poderoso que la fe del pasado. Y por otra parte, el protestantismo tiene todavía las ligaduras de la ortodoxia; no ha entrado francamente en la vía del progreso, ni el espíritu que le inspira ha adquirido el poder que tendrá el día en que se vea libre de toda traba. Sin embargo, no es posible que dos principios tan opuestos como el de la inmovilidad y el del progreso, como el de la individualidad y el de la negación de los derechos del individuo, dejen de influir en el destino de los pueblos. Esto nos conduce á una nueva faz del inmenso debate á que asistimos. Oigamos á los protestantes y consultemos los hechos.

Carlyle, el historiador de Federico II, dice que la Reforma, lo mismo para los pueblos que la abrazaron que para los individuos, fué un principio de nueva vida, mientras que los que la rechazaron sufren visiblemente el castigo. El adversario más acérrimo de la Reforma no podrá negar esa verdad. Explíquese como se quiera, lo cierto es que todos los pueblos que tomaron parte en aquella lucha solemne han permanecido más grandes en la historia. El hecho es incontestable, dice un escritor belga cuyo nombre crece de día en día (1). Ho-

(1) DE LAVELÉYE, *Questions contemporaines*, págs. 251 y siguientes.

landa, con dos millones de hombres y con su territorio de arenas, rompe el gigantesco poderío de Felipe II, funda el primer Estado libre de la edad moderna, cubre de naves el Océano; establece colonias en todas partes, resiste sola, en una lucha inmortal, el poder reunido de Francia y de Inglaterra, y hace retroceder el despotismo invasor de Luis XIV. Suecia, con un millón de hombres dispersos sobre rocas de granito, abate, bajo Gustavo Adolfo, la potencia del imperio de Alemania, impone el tratado de Westfalia al emperador y al papa, y conquista por ese tratado una existencia legal para la Reforma. Prusia, bajo Federico II, hace frente con sus cinco millones á la Europa coaligada, y desde entonces crece con una rapidez sin ejemplo en el continente; si en nuestros días ha salido victoriosa en una lucha gigantesca, si los Alemanes aplauden su triunfo, á pesar de los abusos de la fuerza, es porque ven en ella el representante y el campeón del protestantismo. En Inglaterra, el progreso intelectual y material data de la Reforma; y la poderosa república que domina en el Nuevo Mundo debe su origen á los discípulos de Calvino, y lo que constituye su fuerza es el espíritu de individualidad que acabamos de señalar como esencia del protestantismo.

M. de Laveleye ha desarrollado con sumo arte las causas del hecho que señaló Carlyle, hecho que es casi un lugar común para los hombres exentos de preocupaciones religiosas. Para completar la enseñanza, necesario sería poner en parangón la prosperidad creciente de los pueblos protestantes con la decadencia no ménos visible de las naciones encorvadas bajo el yugo de la Iglesia, tales como España y sus colonias, Italia y aun Francia, hasta el momento en que, por un heroico esfuerzo, sacude las cadenas del pasado. El cuadro merecería un estudio aparte; pero debemos limitarnos á consignar aquí algunas consideraciones generales que reproducimos de Mr. Laveleye. Nadie puede negar que la religión es un poder incomparable, y la prueba está en que el catolicismo, no obstante su decadencia, tiene todavía el porvenir en jaque. La necesidad de libertad, de luz, de mejoras en todos sentidos es también una fuerza que crece incesantemente. Pues bien, en los pueblos católicos, esas dos fuerzas están en lucha, y esta es la causa de su debilidad; mientras que en los pueblos protestantes se armonizan perfectamente, y, bajo

la inspiración del protestantismo liberal, concluirán por identificarse: esto es un principio de superioridad evidente.

La libertad es la vida en todas las manifestaciones del espíritu humano, y la libertad no puede aliarse con el catolicismo, porque la religión católica y la Iglesia se confunden. ¿Necesitamos recordar que el clero es el mortal enemigo del pensamiento libre, y, por consiguiente, de toda libertad? En los países protestantes, el clero, aunque sea ortodoxo, tiene muy poca influencia; y cuando se inclina al partido del despotismo, los fieles abandonan los templos. Viviendo la vida laica, los pastores obedecen casi por necesidad al espíritu del tiempo y á despecho de la reacción. La libertad gana terreno incesantemente. ¿Qué no será el día en que los pastores educados en el amor á la libertad ocupen los púlpitos cristianos! Sólo entonces desplegará la libertad todo su poder y llegará á ser la vida de la humanidad. De esto se deduce que el porvenir pertenece á los pueblos protestantes. En cuanto á las naciones católicas, no les queda más medio de salvación que abandonar el catolicismo, si bien es verdad que de hecho ya le han abandonado. Pero evitan un escollo para tropezar en otro mayor: si la incredulidad conduce al materialismo, la libertad perecerá igualmente, porque en una sociedad sin fe no puede haber más lazo que la fuerza.

En las épocas de decadencia religiosa, los hombres estiman en mucho más el progreso material que el progreso moral. Los incrédulos y los materialistas se encogen de hombros cuando se les dice que la vida material sufre la influencia de la fe, lo mismo que la sufre la vida moral. Si quieren vencerse, que dirijan una mirada á la Inglaterra protestante y á la España católica. Empujados por el sentimiento de la individualidad, los pueblos anglo-sajones sacudieron el yugo de Roma, y desenvuelven con un maravilloso poder todas las fuerzas de que Dios ha dotado al hombre; mientras que el catolicismo, comprimiendo el principio de individualidad, enerva á las naciones católicas y ni siquiera les permite conquistar la verdadera libertad. Y aquí tocamos el castigo que, como dice Carlyle, sufren los pueblos que rechazaron la Reforma. ¿Qué magnífico impulso no fué el del 89! ¿Y qué lamentables caídas despues! ¿Por qué los hombres que aman la libertad desesperan en Fran-

cia de su porvenir? ¿Por qué desesperan del porvenir de la nación que realizó el movimiento revolucionario del 89? Los Franceses, despues de tantos combates librados por la libertad, no saben todavía lo que es la libertad, y ni siquiera sospechan que ella y la individualidad son una misma cosa. En la individualidad está también el principio de todo progreso, porque en ella está el principio de toda fuerza. Hé ahí por qué los pueblos anglo-sajones, mucho más saturados que los otros por el genio bienhechor del individualismo, ocupan el primer rango en la industria y el comercio, lo mismo que en el órden político.

Insistamos aún sobre un punto. Bacon pronunció esta frase justa y profunda: la ciencia es poder. En efecto, si el hombre domina al mundo y doma la naturaleza, es por el vigor del espíritu. El progreso, en todas las cosas, depende del desarrollo intelectual. Y por esto entendemos, no la suma de conocimientos que se apropie un individuo, sino la fuerza que su pensamiento adquiere ejercitándolos. ¿Necesitamos preguntar si el catolicismo favorece esta gimnástica de la inteligencia. Mientras la Iglesia dominó las almas, las tinieblas reinaron por todas partes: si hoy trata de recoger el monopolio de la instrucción, ¿por qué lo hace? Por oponer una barrera al pensamiento libre, por encadenar la razón humana para doblegarla bajo el yugo de su autoridad. El protestantismo hace un llamamiento á la razón individual. Un pastor reformado que figura por cierto entre los defensores de la ortodoxia, Samuel Vincent, dice que la *esencia* del protestantismo consiste en la libertad de exámen, y reclama para los pastores y para los fieles la más amplia latitud en materia de opinión y de enseñanza (1). La Reforma se halla, pues, obligada por su *esencia* á difundir la luz. Hé ahí un elemento de fuerza y de superioridad cuyo poder es incalculable.

Grande, muy grande es la misión del protestantismo liberal, y no exageramos al decir que el porvenir de la humanidad está en sus manos. Pero si ha de responder á esta elevada vocación, debe repudiar definitivamente la antigua ortodoxia. Esta ortodoxia tiene un pié en Roma, y todas sus predilecciones la llevan hácia el cristianismo católico.

(1) SAMUEL VINCENT. *Vue sur le protestantisme en France*, segunda edición (1859), p. 15.

Ya no se contenta con la autoridad de la Biblia, necesita una Iglesia. Pues bien, en Roma hay una que la espera con los brazos abiertos. ¡Digna unión de momias egipcias, que se consolarán maldiciendo una sociedad que rechaza su fe! El protestantismo liberal no adora al Dios de los muertos, sino al Dios de los vivos, porque la vida es un movimiento incesante y sin fin, lo cual quiere decir que, si el protestantismo ha de permanecer fiel á su misión, no debe detenerse jamás. Los reformadores del siglo XVI empezaron la obra de la regeneración religiosa; los protestantes modernos deben continuarla.

N.º 2.—*La reforma en la Reforma.*

I.

Todos los matices del protestantismo avanzado concuerdan en reclamar la necesidad de una reforma más profunda, más radical que la del siglo XVI. Escuchemos primero al escritor ilustre que ha precipitado el movimiento del protestantismo liberal. Los moderados y todos aquellos que tienen miedo de sus propias ideas desaprueban á Strauss. Verdad es que Strauss pertenece á la extrema izquierda: libre pensador más bien que protestante, figura, sin embargo, entre los discípulos de los reformadores. Si no conservara un lazo que le uniera al cristianismo, ¿habría pasado su vida entera en estudiar la gran figura de Cristo y en desembarazarla del mito para enseñársela á los hombres en toda su grandeza humana? Además, nadie puede ser mejor juez de sus sentimientos que él mismo; y Strauss no es de aquellos que los disimulan ó disfrazan; dice lo que piensa, y de ello tenemos una prueba en la claridad de su lenguaje. Oigamos, pues, lo que dice del protestantismo y de la misión religiosa de nuestra época (1).

¿Es la Reforma una obra concluida? ¿Quedó fijada para siempre, tal como la concibieron Lutero y Calvino? De ninguna manera. Los más fanáticos ortodoxos no se atreverían á afirmar que creen todo lo que se encuentra en las confesiones del siglo XVI. Luego la reforma continúa, y precisamente el estado intelectual y moral de la cristian-

(1) STRAUSS, *über Vergänglichliches und Bleibendes im Christenthum*.

dad ofrece en nuestra época una notabilísima analogía con el estado en que se encontraba la Europa en la víspera de la revolución religiosa que desprendió de Roma la mitad del mundo cristiano. Nadie cree ya que fuera Lutero quien hizo aquella revolución inmensa: Lutero no hizo sino prestar su palabra elocuente al movimiento que venía preparándose desde hacía siglos. En plena Edad Media hubo ya insurrecciones contra la Iglesia, contra su espíritu exterior, contra su ambición y su avaricia. El protestantismo prosiguió la reacción del sentimiento interior contra una Iglesia que no tenía de cristiana más que el nombre. Pero los votos y las aspiraciones de los reformadores no fueron más allá del cristianismo tradicional, y no sin razón protestaban que no eran innovadores. La revelación quedó intacta, y la Biblia ocupó el lugar de la Iglesia. Esto era todo lo que la conciencia general pedía, y esto era una obra gigantesca, si se considera que se trataba de atacar y arruinar una Iglesia que se llamaba esposa de Jesucristo, y que, como tal, dominaba á los príncipes y á los pueblos.

Y, sin embargo, esto no era sino un principio de revolución. En vano trataron los teólogos protestantes de inmovilizar la Reforma: el espíritu humano no permite que se le detenga en su marcha hacia el ideal. Durante los largos siglos de la Edad Media se desprendió insensiblemente de la Iglesia, y después de la Reforma, y bajo la influencia del principio de la religión interior, la duda penetró en la Biblia y en las creencias que ella consagra ó que los teólogos pretenden ver en ella. El espíritu humano descubrió en el sagrado libro muchos elementos que no podían asimilarse: aquí, groseros errores de historia, de geografía y de astronomía; allá preocupaciones que vician el sentido moral. Necesario era hacer un expurgo, separar lo verdadero y lo eterno de lo transitorio y de lo erróneo. Pero hay más: el trabajo de separación supone que la Biblia no era ya venerada como la palabra de Dios; supone que los hombres no creían ya en una revelación milagrosa; si mantuvieron ciertas creencias cristianas, no fué porque ellas fuesen reveladas por el Hijo de Dios, sino porque estaban en armonía con la voz de nuestra conciencia.

La revolución que se opera en nuestras ideas y en nuestros sentimientos es mucho más considera-

ble que el movimiento de reforma que produjo la revolución del siglo XVI. ¿No puede uno preguntarse si queda algo del cristianismo cuando se rechazan la revelación y la Biblia, que es su testimonio escrito? ¿No es la revelación la esencia de la religión cristiana? ¿Qué resta si ella desaparece? Queda el cristianismo de Jesucristo, queda una religión que podemos llamar nueva, porque hasta ahora no ha sido practicada. Jesús predicó una religión espiritual y moral, mientras que la religión de la antigüedad pagana era la de la materia y la religión de los Judíos una ley. Jesús predicó el Dios que es nuestro Padre, potencia moral que gobierna á los individuos y que rige al mundo. Jesús predicó un culto interior que consiste en tener el corazón puro y en llegar á ser perfectos como nuestro Padre que está en los cielos. Esto no es el cristianismo tradicional. Aún en el seno del protestantismo se confundió esa pura esencia religiosa con ciertas condiciones de salvación, traducidas todas ellas por actos exteriores, tales como el bautismo y la eucaristía. Eso, más bien que cristianismo, era puro judaísmo. Si se busca la razón por la cual se introdujeron en el cristianismo de Jesús esos elementos extraños, se encuentra como causa primera la creencia en lo sobrenatural. El Hijo del Hombre fué transformado en Hijo de Dios, coeterno con el Padre; se imaginó que había venido á salvar al género humano del poder del demonio, y que su muerte fué un sacrificio expiatorio por el cual le había rescatado de la muerte eterna; se creyó que un pecado misterioso había infectado la raza de Adán, y que para salvar á los hombres caídos se necesitaron medios misteriosos también. De ahí nació una doctrina, de la cual se hallaba Jesucristo bien ajeno, que cambió completamente la buena nueva. De ahí resultó una religión exterior que, como el judaísmo, consiste en ceremonias. La humanidad espera todavía la verdadera religión predicada por el Hijo del Hombre.

Strauss dice que ese verdadero cristianismo es indispensable al género humano, y, por consiguiente, imperecedero. En la conciencia, la nueva religión existe ya como un instinto. ¡Cosa notable! Lo mismo que Jesús encontró particular acogida en las capas inferiores de la sociedad, de igual modo siente hoy el pueblo la necesidad del nuevo cristianismo mucho más imperiosamente que los ricos y los grandes de este mundo: no parece sino que

éstos han perdido el sentimiento religioso. La observación es justa y el hecho bastante aflictivo, porque él opondrá un obstáculo al establecimiento del nuevo cristianismo que Strauss declara indispensable. ¿Proviene esto de que las clases ilustradas han sido las primeras en rechazar una religión que coloca lo sobrenatural en su origen y que toda ella consiste en creencias y prácticas sobrenaturales? Cuando los hombres no pueden ya creer en los milagros, rechazan el fondo con la forma. Tal es el gran peligro que amenaza á la sociedad moderna. Los unos se aferran con ciega pasión al cristianismo tradicional, y más bien que religión, lo que guardan en el alma es superstición y fanatismo. Los otros se desprenden de formas que nada dicen á su inteligencia ni á su alma; y como se imaginan que la forma es la esencia de la religión, según enseñan todas las Iglesias ortodoxas, y como no pueden ver otra, se vuelven ateos ó materialistas. Es muy urgente, dice Strauss, hacer una elección en el cristianismo tradicional. En la conciencia de todo hombre pensador, lo sobrenatural está ya completamente arruinado; necesario es abandonarlo con todas sus consecuencias. Pero en el cristianismo hay un elemento permanente, eterno, y ese elemento es la religión del espíritu, la religión de Jesús. La misión de nuestro siglo es formularla y practicarla.

Tal es, ante todas cosas, la misión del protestantismo, porque él fué el que hace tres siglos inauguró la revolución religiosa, y él es también el que debe continuarla. Y ¿cuál es el pueblo que prestó su genio á la Reforma, sin el cual la Reforma no se concibe? El pueblo alemán. Es indudable que la transformación no se operará sin desgarramiento, sin lucha. En el siglo XVI, el movimiento se llamó Reforma; en el siglo XIX se llamará revolución. Sí, la revolución religiosa es inevitable, fatal. Basta la simple reflexión para convencerse de que la religión fundada hace dos mil años, en una época en que el mundo se hallaba sediento de lo sobrenatural, no puede convenir en una época en que nadie cree en los milagros, en una época en que hasta los más fanáticos ortodoxos retroceden ante la burra de Balaam y ante los demonios que se meten en una pira de puercos. Los sentimientos se han modificado de tal modo, que hoy nos es muy difícil, no ya participar de los sentimientos de los primeros cristianos, sino comprenderlos.

Esto sentado, ¿cómo es posible que su religión sea la nuestra? Strauss añade que la cuestión religiosa se halla íntimamente ligada con la cuestión política. La Alemania aspira á la unidad; pero ¿llegará á obtenerla, si el Norte continúa siendo protestante y católico el Mediodía? La fuerza podrá unirlos, pero las almas proseguirán divididas. ¿No hemos oído en los pulpitos católicos, durante la lucha que acaba de terminar (1), gritos salvajes contra la Prusia protestante? La victoria fué de la Prusia, y, por consiguiente, del protestantismo; pero la división sobrevive al triunfo de la fuerza. Hay una sencilla manera de poner término á esa división, y es unir las almas en una misma fe. El catolicismo y el protestantismo deben desaparecer para dejar el puesto á una religión superior, al cristianismo de Jesucristo (2).

Lo que Strauss dice de la Alemania puede aplicarse á todos los países donde reina el cristianismo tradicional. Tanto como á la unidad; la Alemania aspira á la libertad, que es hoy la necesidad de todos los pueblos. Pero ¿cómo puede establecerse la libertad allí donde la religión le es hostil? Y donde quiera que el catolicismo domina, donde quiera que el protestantismo ortodoxo se deja arrastrar por la ciega reacción que siguió al movimiento revolucionario del 48, la religión pugna por ahogar la libertad. Por todas partes se ven hombres que abandonan las iglesias y los templos tan luego como la razón los ilumina; y casi siempre los que abandonan el cristianismo tradicional abandonan toda religión. ¿Serán la incredulidad y el materialismo el terreno sobre el cual pueda fundarse una sociedad libre? En medio de nuestras incertidumbres hay una cosa segura, y es que el materialismo será también el reinado de la fuerza. Luego si queremos ser libres, ni incredulidad ni catolicismo. ¿Cuál es la solución del problema? El cristianismo de Jesucristo interpretado por la conciencia progresiva de la humanidad.

II.

El nombre de Strauss tiene mala fama y es casi sinónimo de incredulidad. Sin embargo, acabamos de ver cómo proclama que el cristianismo

(1) Escrito en 1866.

(2) STRAUSS, *das Leben Jesu für das deutsche Volk bearbeitet*, Vorrede, p. XVII-XX.